

LA LIRA DEL TÁDER.

SEMANARIO

DE CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, HISTORIA Y TEATROS.

Murcia 13 de Julio de 1845.

Sale todos los Domingos. Se suscribe en Murcia en la Redaccion calle de Sta. Isabel núm. 6 sita en la Imprenta de este Periódico, y casa de D. Pedro Martinez calle de la Traperia núm. 67 por 4 rs al mes y 22 por 6 meses, llevado á las casas de los señores suscritores. Fuera de la capital en las administraciones de correos y corresponsales de la Redaccion por 5 rs al mes y 28 por seis meses, franco de porte.

GLORIAS DE ESPAÑA.

BATALLA DE CERINOLA.

(1503)

Hombres con hombres con furor se estrellan
 Con golpes reciamente redoblados,
 Lo arrasan todo y todo lo atropellan,
 Hienden, rajan, destrozan irritados:
 Armas, muertos, caballos, carros huellan
 Con espantoso estruendo derribados,

(Espronceda.)

I.



ITALIA fue el teatro donde mas lucieron su valor las huestes españolas del siglo XVI. La hermosa Italia donde el gran capitán de nuestra época empezó su carrera de gloria y de fortuna,

habia visto ya otro guerrero, que sino le aventajó, fue porque guardó fidelidad á los reyes que le protejian, mientras que este tiranizó al pueblo que lo elevava. Gonzalo Fernandez de Cordova, conocido por el gran capitán, título debido á sus vastos talentos militares acreditados con cien victorias, despues de haber visto desplomarse ante sus ojos los muros de Granada, último asilo del musulman, pasó á Italia, vasto teatro de sus conquistas, y allí pudo desplegar toda la inmensidad de su genio en las guerras contra los franceses.

El día 27 de abril del año de gracia 1503 se hallaba el gran Capitán en una sala baja de su alojamiento en Barleta sentado en frente de una mesa sobre la que se veian una porcion de cartas, las que se ocupaba en leer ligeramen-

te. Los españoles don Diego Hurtado de Mendoza, el invencible Garcia de Paredes, Nuño de Mata y el Italiano Duque de Termes se hallaban en la misma pieza, pero situados de tal modo, que gracias á la magnitud del salon podian hablar entre si sin interrumpir el trabajo del general.

—Por Santiago que no se puede permanecer mas tiempo en Barleta, decia Diego Garcia de Paredes, mas quisiera tener que avenirme con doscientos franceses, que no verme atacado de la maldita peste que se propaga de dia en dia.

—Y dentro de poco se concluirán los viveres y vendrá el hambre á aumentar los horrores de la peste, añadió el Duque de Termes.

—El gran Capitan, señores, es demasiado prudente y sabe mejor que nosotros lo que conviene hacer, observó don Diego de Mendoza, por mi parte confio en que no querrá dejar morir su ejército de hambre y enfermedades.

—Pero nuestra posicion es muy critica, replicó el de Termes.

—Aunque lo sea, dijo Diego Garcia, Gonzalo Fernandez de Cordova es un gran capitan, y Mendoza tiene razon; por mi parte no le abandonaria ni un momento, aun cuando nos hallásemos en peor situacion.

—Gracias Diego Garcia, dijo el gran capitan viniendo hacia ellos, gracias por vuestra fidelidad que en nada cede á vuestro heroico valor; y vos Mendoza, añadió dirigiendose á Don Diego, dijistes bien al asegurar que yo no comprometeré nunca de ese modo la suerte del ejército: hoy mismo saldremos de Barleta.

—Ya sabia yo que no podia menos de suceder, y por eso nunca he llegado á desconfiar, dijo Paredes, pero á decir verdad no podia ya sufrir el estar ocioso tanto tiempo.

—Vuestro brazo no puede estar un dia sin manejar la lanza ó esgrimir la espada, cosa propia de vuestro valor, en el que

confio asi como en el de los demas cabos del ejército para llevar adelante nuestra empresa.

—Gracias por la confianza general, contestó D. Diego de Mendoza; á nombre de los demas gefes españoles ofrezco no defraudar vuestras esperanzas.

—Hago la misma oferta en nombre de los Italianos, añadió el de Termes.

—Y yo á nombre mio, dijo Nuño de Mata, que no hablara hasta entonces, ofrezco dejar el ejército frances sin general, ó morir á sus manos tan luego como llegue á encontrarle.

—Valiente oferta Nuño por lo difícil que es su cumplimiento, dijo el gran capitan, y dirigiendose á los demas, podeis iros preparando para marchar esta tarde hacia Cerinola.

—¡Pobres franceses! murmuró Garcia de Paredes saliendo detras de sus compañeros.

II.

El ejército español salió de Barleta aquella tarde encaminandose á Cerinola cerca de cuyo punto llegó al dia siguiente fatigado por el cansancio y la sed, hasta el extremo de tener casi toda su infanteria fuera de combate. Antes de tomar posiciones, se hallaron los españoles atacados por el ejército del Duque de Nemours, que sabedor del movimiento, intentaba derrotar el gran capitan. Este se hallaba dando disposiciones para asentar el campo, cuando se presentó D. Diego Hurtado de Mendoza.

—Mi general, le dijo, el frances ataca la retaguardia y nuestros cansados peones no pueden resistir el choque de su caballeria.

—No paseis cuidado Mendoza, le contestó, y dirigiendose á Nuño de Mata que estaba á su lado le dijo, adelantaos y entretenerlos con nuestra compania solo media hora.

—Voy al momento general, repuso Nuño, voy á entretenerlos cuanto querais mientras me quede un solo soldado, y á

medirme con el de Nemours si le encuentro, como ofreci en vuestro alojamiento de Barleta.

—No tendreis solo la gloria de empezar hoy la funcion, dijo adelantandose un guerrero de formas atleticas montando en un poderoso caballo y calada la visera, quiero compartir con vos el peligro. El guerrero que asi buscaba los riesgos era Diego Garcia de Paredes.

Ambos caballeros se colocaron al frente de la compañía de Nuño de Mata y marcharon á sostener el choque de los franceses, y proteger la formacion del ejercito.

—Con semejantes soldados estamos seguros de poder arreglar nuestro campo, dijo el gran capitán.

Bien conocia este el valor de los soldados españoles, y la decision de los dos caudillos que mandó á sostener la retaguardia: aunque superiores en numero, los franceses no pudieron romper las filas del tercio del capitán Nuño y tubieron que sufrir los repetidos ataques de los dos caudillos, dando lugar asi á que el gran capitán ordenase su tropa en una posicion ventajosa, y colocase la artillería.

—Podeis retiraros, dijo D. Diego de Mendoza á quien el gran capitán diera la orden de avisarlo á Paredes y su compañero, llegando al sitio donde se preparaban para dar una nueva acometida á los franceses.

—Bien necesitan mis soldados el descanso, se han batido con denuedo y bravura, contestó Nuño, pero permitidme que yo me agregue á vuestro tercio durante la pelea.

—Retiremonos cerca del gran capitán, dijo Paredes, y desde alli acudiremos donde hagan falta nuestras espadas.

Dicho esto empezaron á retirarse en buen orden y despues de colocar á sus soldados á la espalda del ejercito, fueron á incorporarse con el general.

III.

Los dos ejercitos se hallaban fren-

te á frente, el combate no podia tardar un solo momento, los españoles lo deseaban con impaciencia y los franceses lo aguardaban con serenidad. La artillería fue la primera que empezó á atronar el campo con su horrisono estampido, el gran capitán colocado sobre una altura, daba sus ordenes y dirigia la pelea. De repente un horroroso trueno se oyó por todo el campo y pocos momentos despues se presentó el duque de Termes despavorido diciendo al general que se acababan de volar los carros de la polvora y que no quedaba un solo tiro. —Preciso será retirarnos, dijo don Diego de Mendoza.

—Si es que podemos hacerlo sin quedar todos prisioneros, añadió el alférez Pedro de Oller.

—Mis tropas se hallan sobrecogidas y sin ánimo, dijo el de Termes.

—Es una terrible degracia, exclamaron todos.

—Es una felicidad, replicó sereno el gran capitán, *«son las luminarias que han de solemnizar la victoria»*.

—Cargemos á toda brida sobre los franceses, dijo Garcia de Paredes, y por Santiago que la victoria será nuestra.

En el momento colocandose todos los gefes al frente de la caballería, se lanzaron con furor sobre los franceses. Terrible fue el choque: alentada nuestra infantería avanzó contra la enemiga y pasados algunos momentos, el polvo, el ruido de de las armas, el martilleo de las espadas y los ayes de los heridos y moribundos fue lo único que se oyó por todo el campo de batalla: dos horas despues los soldados de Castilla no hallaban resistencia en ninguna parte, y el gran capitán lo recorria triunfante.

—Donde está el capitán Nuño de Mata, fue lo primero que preguntó el general cuando vió reunidos los cabos del ejercito.

—Hacia aqui viene herido en brazo de sus soldados, dijo llegando Diego Garcia de Paredes.

—Llevele á mi tienda, y que se le cui-

de como á mi misma persona, mandó el gran capitán.

—Bien lo merece por que yo le vi caer herido y sin fuerzas, despues de cumplir su palabra matando al duque de Nemours, repuso Paredes.

—¡Valiente capitán! dijo Gonzalo de Cordova; si muere, su nombre no morirá con el, y volviendose á los que le rodeaban añadió, agradezco el valor con que todos os habeis portado en la jornada de hoy, pero debo hacer mencion del valiente D. Diego de Mendoza, á quien soy deudor de la vida.

—Cumpli con mi deber, mi general, replicó este, y no creo que haya hecho ninguna cosa que merezca el honor que me dispensais.

—Bien os sienta esa modestia amigo, ahora podemos retirarnos todos á descansar por que Cerinola no tardara en abrirnos sus puertas.

Asi sucedió al dia siguiente, y esta plaza, deposito de viveres y pertrechos del exercito frances, cayó en manos de los españoles. Semejante victoria costó á la francia su general el duque de Nemours y cuatro mil de sus mejores soldados, aumentando las glorias del exercito español y de su general el nunca vencido Gonzalo Fernandez de Cordova.

J. Lopez Somalo.

ELOCUENCIA FORENSE.

Antes de desenvolver la idea propuesta en el epigrafe de este articulo, preciso sera apuntar, aunque en breves paginas, la cuna de la elocuencia, hasta el punto que nos proponemos trazar en este estudio literario.

Si tratamos de sutilizar la verdadera y natural elocuencia, de que los hombres se han valido para tocar las impresiones del alma; busquemosla en la Grecia donde con pródiga y larga mano,

difundieron las benignas Musas las gracias del language. Anticipemonos á los autores de la sociabilidad, á los fundadores de las Ciudades, y á los establecedores de las leyes, cuya frecuente precision de hablar al pueblo, para acometer las empresas de su felicidad y derechos, les obligaba á recurrir á las armas de la elocuencia, usandola y manejandola por medio de consejos y peroraciones, de publicos dictámenes, y de embajadas; haciendo un atento y reflexionado estudio sobre los efectos de sus razonamientos. Este fue el primer guante de reto, tirado á la elocuencia poetica, unica defensa que los guerreros troyanos y anteriores conocian fuera de las armas, para gobernar á sus pueblos: pero como el metro no daba suficiente campo para desenvolver las ideas del hombre, de ahí el rompimiento de este dique del pensamiento: y entre losque inflamados por el bien de su patria saltaron con denuedo tan elevada barrera, lo fue el inmortal Solon, que con el mas entusiasmado celo puso en juego el artificio de la elocuencia para escitar valerosamente al pueblo á que siguiese la felicidad de sus ideas contra la dependencia tiránica. Aqui se puso á raya á la poesía, y se ampliaron los limites á la elocuencia prosaica, resultando el mas artificioso y agradable language sin el auxilio del metro.

Vistas las encantadoras gracias con que dulcemente seducian el corazon del hombre, se arrojaron á la arena diferentes competidores de la poesia; y tanto Pisistrato, como Clistenes, Temistocles y otros, vencieron en la lucha, sabiendo arengar al pueblo ateniense, mejorando los negocios de la república, y valiendose de aquellas nuevas armas para sugerir al pueblo á sus opiniones. Semejante triunfo, reconocido y aplaudido por todos, hizo que el metro se abandonase al olvido, y en su puesto se edificó el santuoso solio en que se colocó la elocuencia oratoria. Pomposas y magnificas

oraciones embellecían aquel inaugurado trono del buen decir, y cada día lucía con nuevas y esquisitas producciones, explotándose á porfía tan maravillosa y rica mina, acomodándola cada cual á sus pensamientos, ya festivos, ya trágicos ya seductores y guerreros, y otros: haciéndose tan difuso y complicado el arte de la elocuencia oratoria, que parece increíble la estrepitosa caída que sufrió, aquella era del buen gusto en el decir, hallándose tan solidamente cimentada entre los griegos.

Pero después que Alexandro bajó de su reinado, el pueblo ateniense empezó á sufrir el irritante yugo de Principes extranjeros, y á perder su influencia en los negocios públicos; con cuyo funesto motivo, faltaban á los oradores, argumentos y ocasiones, que inflamasen su entusiasmo para cultivar las gracias y atractivos de la elocuencia. El reinado de Alexandro privó á los atenienses de aquella tan inestimable joya: y á los Lacedemonios la libertad, cuya perla preciosa habían sabido conquistar y sostener con muros humanos. Este terrible golpe debilitó en tal extremo la elocuencia, que sus proselitos jamás alcanzaron á desenvolver en sus cuestiones, ni el fuego divino de Democrito, ni la pomposa magestad de Platon, ni la tersa precisión de Aristoteles, ni la aurea elegancia de Teofraсто; mas sin embargo que jamás pudo alcanzar nuevo esplendor en medio de tan depravada decadencia, la Grecia abortó todavía algunos hombres celebres por la elocuencia, los cuales obtuvieron la gloria de instruir y penetrar el arte oratoria en la facunda Roma.

Las oraciones elocuentes proaunciadas por los tres embajadores de la Grecia. Carneades, Crisolao y Diogenes, inflamaron el corazón de los Romanos, en términos que desde aquella época supo Roma aprovecharse gloriosamente de los ejemplos y de las instrucciones de los Griegos en la cultura de la misma.

Los laureles de tan elevada empresa estaban reservados para la defensa de Ciceron, unico que bastó para coronarla de gloria y colocarla al lado de la griega su maestra. Aquel sabio fue el unico que no se deslizó de las reglas del buen gusto, como desgraciadamente sucedió á los innumerables oradores que vomitó Roma. Este mismo vicio fué legado á toda la Italia, la cual sufrió iguales contratiempos: vicisitudes amargas que la España alcanzó y de las que hoy se resienten, pues habiendo recibido los autores españoles del siglo XVI sus primeros conocimientos de los italianos, puede comprenderse que procurarían inculcar aquellos, sus ejemplos de languida y estenuada elocuencia.

Hemos indicado ya que después del imperio de Alexandro, se cerró la puerta á los oradores, no dejándoles otro campo para hacer ostentacion de su segundo ingenio, que los pleytos privados, y los reducidos limites de los tribunales, ó los entretenimientos escolásticos. Así resultaba que los brillantes adornos, que antes eran aplicables y correspondientes á la magnitud de las materias y hechos de heroismo; aplicándose posteriormente á la pequeñez de los informes judiciales, aparecían frios é incoherentes, dando á la oracion un caracter afectado y pueril.

Roma abrió el templo de la Justicia, para dar puesto á la elocuencia: y fue tan ensalzado el mérito que adquirió en su progreso, que bien pronto se descubrió lo pernicioso que podría ser al foro, el abuso de la elocuencia en favor de los reos. Deslumbrantes ingenios brillaron en los tribunales de los romanos, pero ninguno como Ciceron, supo colocar á la elocuencia forense en su triunfante puesto: nadie si no él, sabia manejar los animos inexorables de los jueces del senado y del pueblo, para hacer recaer absolucion en los reos, castigarlos con justas y merecidas penas, defender la inocencia oprimida, libertar á los pue-

blos de graves vejaciones, nombrar y deponer generales, y en fin conducir con su inimitable elocuencia las voluntades de todos, refiriendo y poniendo las cosas delante de los ojos, no como relación de ellas, sino como si realmente se ejecutaran. Con justísima razón debe fijarse el trono de la Diosa de la persuasiva en los dorados labios de Cicerón. Tan florida belleza, la rica y abundante colorida variedad de sutilezas, que formaban las delicias de la elocuencia Ciceroniana, hizose gustar por el imperio de su dulzura; pero este furor con que se consagraban aquellas gentiles y graciosas peroraciones, acarreó funestos desenlaces opuestos á la justicia.

Dos ejemplos singulares del abuso de la elocuencia y de los oradores en los tribunales á presencia de los reos, uno en Atenas y otro en Roma, cita con muchísima oportunidad el Licenciado don José Marcos Gutierrez en su tratado de practica criminal de España; los cuales trascribiremos aquí por venir adecuados á nuestra idea. Ante el célebre Areopago de Atenas compareció la hermosísima Frine, acusada y convencida de un crimen digno de pena capital. Su abogado Hiperides, orador famoso de aquel tiempo, empleó con el mayor primor todos los resortes de la oratoria en favor de la desgraciada delincuente; pero advirtiendo en el grave y tetrico semblante de los venerables areopagitas la inutilidad de su elocuencia, recurrió astuto á otra mas poderosa y patética. Llegóse de improviso á la bella rea, y rasgando prontamente la parte anterior de su vestido desde el cuello hasta la cintura, puso patentes aquellos escandalos de nieve á los ojos de todo el concurso, y mostró á todos los circunstantes, lo que el pudor y la decencia obligan á cubrir y ocultar cuidadosamente al atrevido sexo. ¡Raro y terrible espectáculo en la asamblea mas respetable de la Grecia! Atónitos los incesorables jueces, dieron á conocer bien pronto en su aspecto, que eran hombres, y

bien fuese incitados por la lascivia, bien fuese movidos de compasion, llegandose á votar la causa, todos absolvieron á la venturosa Frine, saliendo libre la culpada, y culpados los que entraron inocentes. El otro ejemplo de Roma tiene alguna semejanza con este. Manlio Capitolino, así llamado porque rechazó á los galos del capitolio, habiendose valido del credito, ganado con sus triunfos, para sublevar al populacho, le hizo arrestar el dictador A. Cornelio Cosso, y compareciendo en la asamblea del pueblo que habia de juzgarle, su orador Marco Antonio, abuelo del Triunviro, para libertarle del castigo merecido, rasgó de un golpe su tunica, mostrando al pueblo las cicatrices de las heridas recibidas en su pecho, y logrando por este medio su absolucion.

La dominacion de los Césares, vino á dar el golpe mortal á la elocuencia forense, pues poniendo en manos de un hombre solo todo el gobierno; quitó al pueblo el influjo que le correspondia en los negocios, privando con el mas descarado y absoluto despotismo, que los oradores pudiesen tratar causas importantes, capaces de inflamar el entusiasmo de los pueblos. De aqui el establecimiento de formulas judiciales raquíticas, y sin fuerza de ingenio; no ventilandose las contiendas forenses en medio de la publicidad de una plaza, esmaltada con numeroso pueblo: no aquella pompa y magestad que arrastraban todos los actos elocuentes de Cicerón, y en fin y mas que todo el ensanche de libertad con que podian producirse aquellos famosos oradores, que posteriormente sucumbieron á la servil sugesion de los Césares, como todos los jueces de aquella abominable dominacion; y el foro romano, cerrado á las delicias de la elocuencia, solo se abria para dar entrada á el escandaloso lujo ostentado por aquellos desbarbados oradores, que á porfia rivalizaban en sus anillos y vestidos.

La lengua romana que se habia he-

cho oír con tanto decoro y magestad en los últimos tiempos de la república, guardó un vergonzoso y servil silencio, bajo el tiránico dominio de los Emperadores, y solo la vil adulación dictaba algunas oraciones de aprecio con panegíricos á los mismos. Las posteriores vicisitudes políticas del imperio romano y de todo el mundo; las irrupciones de los pueblos septentrionales, y de los orientales, y la universal barbarie de toda la Europa, llegaron á apagar enteramente todas las luces del arte oratoria é hicieron olvidar todos los ejercicios, y hasta el mismo nombre de la elocuencia forense.

En nuestra España, vemos con el mas profundo sentimiento apagado el fanal que luciera en nuestros dias, si en épocas no muy lejanas de ominoso recuerdo, no se hubieran eclipsado aquellos destellos de nuestra naciente elocuencia, poniendo fuertes murallas al pensamiento de hombres grandes que con su arrogante ingenio hubieran alcanzado algun dia iguales laureles de gloria, que los fundadores del arte del buen decir.

A. A. y G.

UN BESO.

Mi cabeza reclinar
Sobre tu amoroso seno,
Libar el dulce veneno
De tus labios de rubí
Y escuchar entre delicias
Al decirte ¿Mi tesoro,
Me quieres cual yo te adoro?
Un afortunado sí,

Mas lo precio yo que el brillo
De una corona en mi frente,
Mas que el Serafin ardiente
A la vista del Señor.
Mas que anhelara el poeta
La corona de la gloria,

Mas que ansia la victoria
El fiero batallador.

Por que un beso de tu boca
Deja mi alma estasiada
Y la mente perturbada
Sin porvenir, sin ayer.
Y su impresion en el pecho
Tanto el corazon dilata
Que su veneno no mata
Por que no mata el placer,
Pero se ofusca el sentido
Y la vista se aletarga,
Se olvida la vida amarga,
Todo es gozar é ilusion.
Se arrebatá el pensamiento
En voluptuosa delicia,
Que es esa dulce caricia
De amor la dulce expresion.

H.

Dame otro beso, mujer,
Que reanimando mi ser
El corazon electrico,
Hazme un instante felice
Con tu beso como ayer.

Dámelo al instante, ahora,
No niegues al que te adora
Beber en tu labio ardiente
Ese perfumado ambiente
De tu boca encantadora.

Alito consolador
Que mi triste vida alienta
Dando una tregua al dolor
Que unir plugo al haecedor
A esta mi estrella cruenta.

Desplega tus labios rojos
Y plégalos en mis ojos,
Y hazme de amor palpar
Templando así mis enojos
Con tan celeste gozar.

Tu ignoras todo el placer
Que hay en tus labios de rosa
Si lo supieras, muger,
Otro beso como ayer
Dícrasme tu, ruborosa.

Dame, mi cara Elisa, el beso ardiente
Que ansiando esta mi alma sin cesar,
No tu despego mi dolor aumente,
No te goces, oh bella, en mi penar;
No sabes cual mis dichas y mi encanto
En tu hechicero amor cifrado está,
Con tu beso de amor seca mi llanto
Y el eterno en la mente vivirá.

J. M. Fernandez.

ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS.

ORIGEN DE MURCIA

Esta ciencia enseña el estudio de los monumentos de la antigüedad, ó sea el conocimiento de las grandezas de los hombres, de sus patrias y hasta los portentos de la naturaleza misma: y aunque entre los conocimientos humanos, no ocupa sino una escala secundaria, no por eso deja de ser útil su percepción al hombre y á la sociedad, de que es parte integrante. Los conocimientos arqueológicos manifiestan el origen, adelantos y progresos de la inteligencia humana; y aun pueden dar datos inequívocos de la verdadera propiedad y de su principio incontestable, autorizado por los siglos y quizá por los mismos se ruboriza el hombre al ver, que lejos de adelantar en muchos objetos, há retrogradado del saber que poseyeron sus mayores. Esta idea ha llamado la atención de S. M. sabiamente para promover su emulación y estudio, pero el egoísmo entronizado de hecho entre nosotros, no deja atender mas que á lo que produce, mirando el amor á las ciencias y la gloria de la patria como un vano y ridículo entretenimiento. Esta cara patria que si se desentrañara con celo y entusiasmo el papel que en todas épocas ha representado en las paginas de la historia y de las ciencias, dejara otras al país mas adelantado. En este concepto entramos de lleno en la averiguación de su origen arqueológicamente y sacar al campo de la discusión la multitud de opiniones y pareceres que á lo largo de los tiempos se han ido controvirtiendo. Varios son los que han hablado de esta materia ó por mejor decir han desatinado, pues sería hasta ridículo refutar á los historiadores, que han querido hacer creer, que Murcia habia sido llamada Menlaria, Blgastro, Oreola, y hasta Ormela. Todo destituido de razon y de fundamentos históricos y arqueo-

lógicos; pero quien mas ha desvariado en este asunto, y quien desgarrá mas desapiadadamente este pasage histórico murciano, es nuestro historiador Cascales; este escritor cree y asegura, que el nombre de Marcia siempre fue el mismo y que nunca tuvo variacion en la pronunciaci6n: y para probarlo, trae ó cita todos los pasages históricos en donde se hace mencion de esta voz, ya pertenezcan á la historia Griega ó la Romana, ó bien á los apellidos de familias determinadas; bien seguro, que ninguno de ellos puede aplicarse á la historia de nuestra patria, ni tampoco autoriza una sana critica, el que 2000 años sin interrupcion, no haya alterado el tiempo esta voz, cuando tanta diversidad de lenguas han imperado en este país y otros obtaculos. En cuyo caso, la voz Murcia no corrompida, sería una cosa insólita.

Cascales echa mano de una falsificaci6n mitológica que le hace poco favor, pues nadie supo jamás, el que la diosa Venus se llamara por otro con el dictado de Murcia; ni menos tener fuerza la congetura, de que se vale para deducir este nombre de la voz Mirto ó Murte; por manera, que aun que expresamente asegura, que siempre se llamó Murcia y nada mas, luego principia á deducir de otros nombres y sus derivados la denominacion Murcia, en lo que no anduvo muy consecuente. Asi que esta vaguedad é incertidumbre, manifiesta logicamente que ninguno de dichos historiadores tenian una idea exacta ni aproximada de lo que trataba. Y si al presente tenemos una noticia cierta y circunstanciada de la etimologia y origen del nombre Murcia, se lo debemos al sabio Arqueólogo de nuestros dias que analiticamente ha estudiado esta cuestion; este es el celebre español Miguel Cortes y Lopez, el que ha desentrañado con maestria científica este punto histórico-arqueológico, sacandolo de las tinieblas en que yacia.

(Se continuará.)

EL SUICIDA.

Dedicado á mi amigo J. E.

¿Porqué al punto de nacer
Y ver de tu suerte el ceño
No volviste á eterno sueño
Que te aborrrara el padecer?
El Blasfemo Fragmento Poético

¿Veis aquel hombre que mide con su precipitado andar el pórtico solitario de esa lúgubre capilla? ¿Veis sus cabellos erizados, su boca entreabierta los carcos de su frente que revelan el infortunio? ¿Veis los ojos que se escapan de sus órbitas, sus miradas centellantes, la palidez de su rostro descarnado? Ese es Leoncio: sí, Leoncio, triste y afligido en medio de los placeres, pobre, poseyendo inmensos bienes y cuantiosas riquezas, solo y abandonado entre una sociedad alegre y bulliciosa: Leoncio que sufre, que siente, que calla, que padece; Leoncio con el corazón enfermo y dolorido; Leoncio víctima de un ciego fatalismo moderador de todos sus pasos, de todas sus inclinaciones; Leoncio el juguete de la fortuna y de las ilusiones de la existencia; Leoncio destinado por la crueldad de una resolución tiránica á refugiarse en el denegrido y espantoso albergue de la muerte; Leoncio en fin, sin porvenir, sin esperanza, único y robusto vínculo que sujeta á los desgraciados al tormentoso azar y á los continuos sinsabores de la vida. He aquí su terrible y desesperada situación: el hombre y la razón, el cuerpo y el espíritu, corren desecha borrasca, crudo temporal; ¿á quien es dado salvarlo en tan grave conflicto? ¿quien puede dispensarle los consuelos que necesita, los auxilios que reclama su deplorable estado? venid filósofos orgullosos, los que todo quereis sugetarlo al despótico imperio de vuestras investigaciones y de vuestros raciocinios; los que presumís haber encadenado la naturaleza y sus arcanos y sus Leyes inmutables; los que en el delirio de vuestro ciego frene-

si habeis elevado la vista al cielo para disputar inselentes á la divinidad su inmenso poder, la direccion de todo lo existente y el esclusivo privilegio de sus gloriosas creaciones, tan bellas, tan sublimes, tan encantadoras; venid con vuestro aire de triunfo, con vuestra ridícula altanería y presuncion desmedida; venid; examinad á Leoncio, dulcificad sus penas, tranquilizadlo, hacedle recobrar esa calma perdida, ese sosiego que desapareció por siempre, esa quietud que no se encontrará sino en el sepulcro; venid, y quedareis burlados y confundidos, y vuestra impotencia puesta al descubierto: Leoncio nada espera, el que ha perdido la esperanza y con ella la felicidad que es el anhelo de todos los instantes, en todos los periodos de la vida ¿que partido le resta?.....vosotros, apóstoles fanáticos de unos principios llevados al extremo; vosotros los que con vuestras medidas represivas ponéis en horrible tortura la humanidad; vosotros, que lo mismo procurais tiranizar al fuerte que al debil, al vasallo que al Monarca, al pobre que al rico, al sabio que al ignorante; vosotros, que tanto tiempo trabajais para apoderaros de la libertad moral del genero humano, solo en vuestro esclusivo provecho y beneficio; vosotros los que con la perfidia y el engaño en el corazón y la asquerosa hipocresía en vuestras palabras desnaturalizais las máximas mas santas, los preceptos mas saludables y las doctrinas má dignas de respeto y veneracion, acercaos con vuestra humildad aparente, con vuestra virtud fingida, con vuestras conminaciones y buestrros castigos, con vuestras suplicas y buestrras amenazas, acercaos, interrogad á Leoncio, habladle, el os contestara con la risa del desprecio y del sarcasmo: ante sus ojos, cerradas estan las puertas del porvenir. ¿Los consejos y las persuasiones de una madre cariñosa, de una madre que llora, que suplica y que pone en accion los robustos y poderosos resortes de la naturaleza,

seran tambien ineficaces? Si, la naturaleza lo mismo que la amistad y sus estímulos y sus influencias, son insuficientes agitando al corazón violentas impresiones que absorven todas las demás; entonces una idea es la que domina, la que solamente impera y la que sojuzga á las otras con fiero exclusivismo, á la manera que el Rey de los astros en el activo fulgor de sus resplandores, eclipsa y obscurece cuanto le circunda y le rodea; entonces esa idea es de todos los momentos, de todos los instantes, de todas las situaciones, y si es una idea sin esperanza, una idea desanciada, el tormento es insufrible, insoportable: la vida una carga pesada que agobia, que martiriza; la vida entonces debe terminar. Así opina el hombre en el ardor febril de sus pasiones desbordadas; así discurre cuando su frente abrasa, cuando arde su cerebro, cuando sus ojos centellean y cuando desorganizadas sus funciones, es en él todo extraordinario: despechado, acometido de un vertigo fatal, cuando una sola lagrima, un solo suspiro, una sola palabra, aunque balbuciente y mal articulada hubieran bastado á devolverle la calma y con ella la felicidad de que le privaran engañosas ilusiones, todo lo sacrifica. todo lo desatiende y no piensa mas que en terminar su horrible padecer por que esa lagrima no se vierte, ese suspiro no se escala y esa palabra no se pronuncia: detestable pensamiento, pero todavia mas detestable y mas horrible la decision que lo provoca, la frialdad calculada que lo motiva: el interés mezquino que lo apoya, por que con esa frialdad se comercia; con esa frialdad aumentada ó disminuida se sujeta y se encadena, se tiene siempre en espectacion, explotandose así por medios nada dignos la sensibilidad del corazón; causar el mal ajeno y querer el beneficio propio, oprimir y pretender que el oprimido bese la mano de su opresor y le tribute su veneracion y su agradecimiento, es un rasgo de exquisito egoismo de que por

desgracia hay repetidos egemplares; y si bien mas de una vez sus efectos y sus consecuencias son desastrosas y lamentables; si en mas de una ocasion el sepulcro en su sombría concabidad há ahogado y sofocado los acentos de las victimas que á él descendieron por pretestos semejantes, cuando la realidad y la verdad se presentan revestidas de sus atributos cuando los hilos de la combinacion no estan habilmente preparados; cuando al menos puede percibirse un destello, aun que pálido, de su objeto y de su tendencia, entonces el suicidio pierde en gigantescas proporciones, entonces la razon empieza á recuperar su elevado asiento; entonces cesó el peligro y el desengaño aun que tardio y horrible cicatriza las profundas y gangrenosas llagas, de cuya curacion habiase desesperado; entonces solo se lega al autor de tanto infortunio la maldicion, y cuando mas, sino se estingue absolutamente la generosidad, aquella lagrima de compasion que tan obstinada mente se negara; destino infeliz de la criatura, arrastrar una vida plagada de tantos escollos y de tan punzantes espinas!

F. Gonzales del Campo.

BARBQUILLA

(CANCION.)

....Como, barquilla, te alejes
Hendiendo rouda los maros,
Y, sin escuchar mis quejas,
Aislado y triste me dejas
Con mis cuitas y pesares.....

Y en surcos de leve espuma,
Alhagada por la brisa,
Con donaire y gala suma,
Vas á velarte en la bruma
Que á lo lejos se divisa.

Y al compas de los acentos
De las mágicas sirenas,

Y los acordados vientos,
Te llevas, entre lamentos,
La que consuela mis penas.

—
Que en tu seno, debil nave,
Conduces á mi Corina
Que mis infortunios sabe,
Voluptüosa y divina,
Respirando amor süave.

—
Y mientras yo en mi quimera
Sigo derramando lloro,
Tú, como el cisne ligera,
Huyendo de la rivera
Me arrebatas mi tesoro.

—
Arrancas la prenda hermosa
Con que el alma se engalana,
Siempre dulce y amorosa;
Mas que el aura cariñosa,
Mas que las flores lozana.

—
Y el corazón queda frío
Sin ilusión ni ventura,
Ya de esperanzas vacío;
Cual queda el vergel sombrío
Del Sol sin la llama pura.

—
Tú vas vogando, barquilla,
Por las ondas espumantes
Ante la luna que brilla,
Y yo quedo en esta orilla
Dando suspiros amantes.

—
Flácida brisa
Con su sonrisa
Mágica y leve
La lina mueve;
Su soplo blando
La va rizando,
Y al dulce arrullo
De su murmullo
Crece mi pena,
Y presto llena
A el alma mia
Melancolia.
Triste suspiro
Cuando te miro
Nave sencilla
De fragil quilla
Como te alejas,
Y aquí me dejas
Sin el tesoro

Que mas adoro,
Cuyas caricias
Eran delicias
Que me encantaban,
Y derramaban
Sobre mi pena

El perfume de amor de una azucena

—
Mas ¡ay! que mientras clamando
Sigo en loco desbario
Te vas veloz alejando,
Tu esbelta forma velando
La niebla del mar sombrío.

—
«Vuela, vuela, así barquilla
«Por las ondas espumantes
«Ante la luna que brilla,
«Pues yo quedo en esta orilla
«Dando suspiros amantes.»

A. Arnao

A LA BELDAD-DE AMOR.

„ . . . El sexo que amenaza
con su blandura avasallar al mundo,
mande en Europa, y obedezca en Asia”
(Huerta.)

¡Himnos á tí, beldad encantadora! ¡himnos al Amor puro y sublime, destello de la divinidad, y único consuelo de los hombres en esta vida de tránsito y sufrimiento! ¿Qué fuera de nuestra existencia miserable sin las delicias del amor y los halagos de esa belleza angélica, á cuya ternura está encomendado el destino del hombre? En la infancia, en la edad adolescente y en los últimos momentos de la vida, sentimos y experimentamos á todas horas la tierna solicitud y los cuidados de su cariñoso afecto desde la cuna hasta el sepulcro. Apenas abrimos los ojos á la luz del día, nos recibe en sus brazos, y con amor entrañable y resignación heroica cumple su encargo sobre la tierra, vigilando por nuestra conservación en los primeros años de la vida. Cuando en su juventud siente el ansia y la necesidad de dar expansión á su existencia y comunicar su afecto á los demás seres que le rodean, poseído de una inquietud secreta, melancólica, indefinible, la muger se ofrece á su imaginación como el ángel de todas sus ilusiones, imprimiendo el sello de un amor inefable y de un

afecto misterioso y desconocido á todos los objetos de la naturaleza. Parece que la voz suave y armoniosa de una muger, y su mirada dulce y atractiva, se percibe bajo multiplicadas y seductoras formas á donde quiera que volvamos los ojos; en la sociedad como en el desierto, en el bullicio del mundo ni mas ni menos que en el albergue del cenobita, en la cabaña del ganadero, lo mismo que en el palacio de los Reyes:

« En las auras,
Del ancho bosque en los suspiros vagos,
En los murmullos de los tristes lagos,
Escuchareis su acento *angelical*.

Si, el eco de esa voz penetra en nuestro coracon como si al pasar no hiriese los sentidos, y esa mirada lánguida y amorosa, baja á nosotros como el rayo de luz que por ultima vez despide una estrella moribunda.

Bajo una forma siempre invisible, la muger es quien infunde intrepidez y aliento al militar osado en el trance de la pelea: ella inspira sus melodiosos cantos al trovador, y viene á ser el alma de las empresas grandes y de los hechos heroicos. Los siglos del valor, lo fueron tambien de la galanteria. En los juegos florales, lo mismo que en las justas y torneos, el amor avivaba el genio del poeta y entusiasmaba el corazon del guerrero, y la belleza, con mano temblorosa, presentaba el premio del triunfo al vencedor en unas y otras lides.

El amor y la beldad han sido en todas las edades un objeto predilecto del culto de los hombres. ¿Que composicion literaria puede prometerse larga vida, si esa pasion universal no le presta su fuego y colorido? Apenas podriamos soportar en estos tiempos la lectura de los triunfos del Petrarca, atestados de erudicion desaparecible, si al nombre de la bella Laura, no oyesemos de cuando en cuando suspirar con delicado acento al amor oculto entre las hojas de su libro.

Los siglos han confirmado con su voto respetable el poderio de la belleza. Los nombres que llevan marcado el sello del amor pasan á la posteridad cubiertos de una aureola de gloria inmarcesible. Pedro Abelardo fue el primer filosofo de su tiempo, pero es seguro que su nombre hubiera quedado en el olvido, si la llama de su amor

á la tierna y consecuente Heloisa no hubiese vivificado sus cartas apasionadas y llenas de fuego... Hoy se acerca el viagero con enternecido corazon á depositar coronas de bellas flores sobre la tumba de ambos amantes, y le parece oir debajo de la losa fria un lánguido sonido de pasion inestinguible, como si fuese la vibracion tenue y remisa de las cuerdas de una harpa herida por el cefiro... Francisco de Arezzo estaba destinado á la oscuridad: miróle una muger, y fué el Petrarca... Macias, el enamorado Macias, por el escaso número de sus producciones, á duras penas seria citado como poeta, pero su amor profundo inmortalizó su nombre. Sus contemporaneos el Marques de Villena, Juan de Mena, Rodrigo Cotta y otros le respetaron y lloraron su desgraciada muerte con acento tierno y dolorido, porque siempre los corazones sensibles se interesan por aquellos que sienten las impresiones del amor con esa intensidad fuerte y profunda. Cuando Macias cantaba tiernamente aquella delicada trova «*amores me dieron corona de amores*,» no podia preveer que esa corona fuese tan duradera é inmarcesible, que llegase á las edades mas remotas...

Himnos á ti, beldad encantadora; á tu influencia se debe el lauro del genio, y el embeleso de la vida. Sin los destellos de tu luz celeste ¿qué serian la gloria, la virtud y la ciencia? Palidos relampagos de una llama moribunda, ó descarnados esqueletos de la realidad triste y penosa.

P. M. V.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES

EL HIJO DE PADRES VIEJOS

D. Melchor, hombre de sesenta, algo decaido por el trascurso del tiempo, estaba enlazado con Doña Nicolasa, la cual habia pasado de los cuarenta. Ciento y diez años, poco mas ó menos, reunia el matrimonio, y todavia no tenían la dicha de contar ni un sucesor, ni un retallo, ni un hijo, de aquella union que no hacia un dia ni dos que se habia efectuado.

Si los deseos de la esposa eran vehementes por tener hijos, no menos eran los de D. Melchor, si bien andaban las opiniones algo encontradas. Cada uno deseaba que fuese de su sexo, y esta cuestion de amor

propio se prolongaba mas y mas porque los dias y los meses, los años y los lustros se deslizaban sin poderse conseguir la victoria por el uno ó por el otro. En una palabra, desesperaban de tener el gusto de ser padres.

Si hubo promesas ó no; si se hicieron ó no peregrinaciones, lo ignoramos; pero Doña Nicolasa, tres dias despues de cumplir cuarenta y dos años, anunció á su esposo que estaba en cinta.

—¡Que me dices! exclamó D. Melchor fuera de sí.

—Que estoy en cinta, Melchor.

—¡Oh! que felicidad! ¡al fin voy á ser padre!....

—Si, se cumplen tus deseos, que son los míos; pero bien sabe Dios que quisiera que fuese niña....

—Muger, no soy tan exigente: solo anhelaba ser padre, y lo mismo me eleva a tan apreciable categoria una hembra que un varon.

Transcurrido el periodo marcado por la naturaleza, D.^a Nicolasa dió a luz un niño. Considerad cual seria la satisfaccion del padre al ver tan cumplidamente satisfechos sus deseos. En cuanto á su esposa no fue cosa el disgusto de que no hubiera sido una niña, porque al fin tenia un hijo, que eran todas sus ambiciones. Que fuese de su sexo era una cuestion de segundo orden.

Don Melchor, loco de contento, invitó á toda la vecindad para el bautizo de su hijo: los convidados fueron puntuales: ni uno faltó, ni uno estuvo indispuerto. Todos tenian buen apetito, á beneficio del cual, desocuparon primorosamente cuantas materias practicables de dientes en adelante se prepararon para despues de verificada la ceremonia religiosa, en la cual pusieronle al Niño, Leoncio, siendo los padrinos Don Agapito y Doña Praxedes, otro matrimonio que fueron diez veces dichosos: ya contaban diez hijos. Restablecida la madre feliz, todos sus cuidados se concretaron en Leoncio. Si hacia un poquito de viento, no se sacaba al niño de la cuna, en la habitacion todas las ventanas permanecian cerradas. Si lloraba: ¡Jesus! ¡que tendra Leoncio!

Un dia permanecia durmiendo mas tiempo del que su madre se creyó ser

suficiente. Este exceso la inquietaba, y viendo que no recordaba, manda á la criada en busca de D. Melchor, casualmente asueltado de casa en aquellos momentos. A poco rato entra el marido.

—Que hay, Nicolasa?

—Que ha de haber; El niño esta insultado, muerto, que se yó.... mira, ven, lo ves...? pues asi está hace tres horas, ni aun respira!

—Oh colmo de la desgracia! ¡Hijo de mi alma, de mis entrañas, de mi corazon! pronunció D. Melchor con tanto fervor, con tanto ahinco, con tanta vehemencia y de un modo tan discordante, que Leoncio se despertó. En esta ocasion, el padre fué sin saberlo un escelente facultativo. Bastaron algunas exclamaciones para que el niño volviese á la vida.

El tiempo andando, Leoncio comenzó á experimentar las incomodidades que son consiguientes para dentar. Esto tenia sumamente en cuidado á sus padres. Ni dormian, ni se apartaban de él: á todas horas Doña Nicolasa le tentaba las encias á ver los progresos que hacian en ellas los organos de la masticacion.

Un dia estaba D. Melchor leyendo un articulo del genero favorito de Aben-amar, cuando se le aprocsima su esposa con el niño en sus brazos.

—Melchor, dijo ella sumamente contenta, toca por gusto, tiente y veras de que modo comienzan á despuntar los dientes en nuestro hijo.

—Te burlas, muger; valgame Dios que coincidencia! No hace tres dias que perdi la ultima particula solida que guarnecia mis encias. Grande fué mi sentimiento al ver que se me cerraba la puerta á las nueces y almendras; pero ahora, Leoncio podra partirmelas.....

—Si, pero no has tentado, replicó su esposa.

—Jesus! exclamó Don Melchor introduciendo dos dedos de su mano derecha en la boquita de Leoncio, tienes razon, se conoce que llevan una fuerza extraordinaria añadió el satisfecho padre, urgando al nene de labios para adentro.

Hay mil incidentes en las criaturas de esta edad, que forman las delicias y esolaz de sus padres. Unas veces sonriendo

ante el autor de sus días, otras haciendo pinitos ante su madre, y en fin cuando rompen en hablar con pa-pa, ma-ma, son monerías, si; pero monerías que hablan muy alto á los padres, que los entusiasma, que les hace reasumir en su mamoncillo el núcleo de sus domésticos placeres, y con un aumento indefinido, si es de fecha la edad de aquellos,

Ya Leoncio daba carreritas por la sala, é insensiblemente se fueron soltando sus facultades pedestres, hasta el caso de subir las escaleras á gatas, aunque las mas veces las bajase como una pelota.

El chico manifestaba una viveza estremada, circunstancia apreciable en las criaturas, si se sabe aprovechar; pero que suele á veces convertirse en su perjuicio cuando los padres descuidan su educación y dejan sin correctivo las primeras faltitas, que despues se convierten en faltas y de aqui se pasa á mayores.

Tendria Leoncio unos tres años cuando sus padres determinaron llevarlo á una visita de confianza. Al efecto estrenó un traje sumamente *adecuado á la edad*: Pantalón de cubica encarnada, botas, baston, levita prolongada, sombrero redondo, en una palabra, hecho un *agente de negocios*. Tal era el deseo de sus padres por verlo hecho un hombre.

Grande fué la satisfaccion de la amiga de nuestro matrimonio al ver o progresos que hacia Leoncio. Despues de los cumplimientos del caso, de preguntarse por la salud &c. la conversacion recayó acerca del nene.

—Está hecho un mozo, decia la dueña de la casa. Vamos, ¿me das un beso?

—No quiero, contestó Leoncio retirandose hácia las faldas de su madre.

—Nene, dá gusto á esa señora, dijo don Melchor.

—No quiero, repitió, que era la formula que usaba cuando no le acomodaba hacer una cosa.

Estaba tan hecho á sus gustos, que no se insistió mas por parte de sus padres, antes al contrario, se trató de disculparle para con aquella señora.

—Que quiere V. decia doña Nicolasa, son criaturas, no se les puede disgustar.

—Es muy cierto, contestó su interlocutora.

Leoncio entre tanto se dirigió á una mesa sobre la que habia varios fanales con pajaritos disecados y florones, y trató de alcanzar algunos gorrioncitos. Como no por dia hacerlo desde el suelo, aprovechandose de la distraccion de los demas que estaban en la sala, trató de subir á la silla mas próxima á la mesa; pero el levita abotonado le impedia levantar los brazos para asirse del espaldar de la silla, por lo que tuvo que agarrarse á la punta de la mesa con el objeto de subir al asiento. Ya que así lo habia conseguido, se le va un pie, vacila, cae, y al vaiven, vienen abajo los fanales causando un estrépito mas que regular.

Sus padres y la dueña de la casa acuden asustados á levantar al niño creyendole lastimado del porrazo; pero nada pudieron conseguir, por que al bueno de Leoncio le dió por permanecer tendido y reirse conociendo el daño que habia causado y viendo los pajaritos envueltos en pedazos de cristales muy próximos á él.

—Vamos, nene, alza del suelo, no seas tonto le decia su madre.

—No quiero.

—Levántate hermoso, así no me gustan los niños, añadia la dueña de los fanales rotos, sin darse por sentida de la ocurrencia.

—Pues dame los pajaros y me levantaré.

Entonces la complaciente señora, tras de quedarse sin fanales, tuvo que ceder los pajaros que encerraban, al consentido Leoncio, el cual, lo mismo fue ver en sus manos las avecillas disecadas, se las metió en el sombrero y comenzó á decir: vamos, vamos.

—Espera un poco, decían sus padres; da las gracias á esta señora:

—Vamos, y dió principio á un pataleo, que fue preciso acceder á las exigencias del niño.

El matrimonio se dispensó como pudo con la dueña de la casa por la rotura y demas, al paso que la rabieta de Leoncio cobraba ánimos. Su boca casi formaba una circunferencia de tanto gritar.

Con la edad y las condescendencias, en el periodo mas escaso de fruta, llegó Leoncio á poner las peras á cuarto á sus padres. El día que no le acomodaba, no iba á la escuela; desobedecía á cada paso á sus mayores, si algo llegó á adquirir de urbanidad,

fué no dejar nada sin contestar: lo mismo replicaba á sus padres, que á uno de su edad y lo mismo maltrataba á un compañero de estudios que llegó á maltratar á sus padres!!

Empero la providencia quiso que aquel matrimonio disfrutase alguna tranquilidad, pues Leoncio á los diez y seis años tomó plaza en la bandera de la Habana. He ahí una consecuencia del descuido en la educación. El mucho cariño pierde á veces las criaturas.

Eleuterio Peñafiel.

VIAJE AL INFIERNO.

SUEÑO.

(CONTINUACION.)

Apenas hube entrado y percibido el aire ardiente de aquella atmosfera compuesta de azufre y fuego, que un terror pánico se impregnó en mi alma y á mi cuerpo le pareció sentirse abrasado de las furiosas llamas que lo rodeaban; que no siendo de natural incombustible esperaba por instantes verme convertido en chicharron; pero tan pronto como se apoderaron de mi estas tristes ideas, el caballero Leviatan, persona aun que Diablos muy cortés y galante, se acercó á mi, y asendome de la mano, y hablandome con extraordinaria amabilidad, me aseguró que estaba entre personas honradas á quienes les merecia grande aprecio y que en prueba de ello arbitrarian los medios para que yo pudiese andar y correr entre las llamas sin chamuscarme un pelo; lo que poco á poco fué volviendome el alma al cuerpo y mi cabeza y mi vista mas claras principiaron á ver y comprender la multitud de raros y extravagantes objetos que allí se encontraban. Al abrir bien los oidos y los ojos, estos se fijaron con admiracion en el Diablos mi guia, sugeto como ya he dicho de muy buen tono en aquel pais, si bien adornado con multitud de jorobas, vizco, chato y zancuilargo. Absorto de contemplar tan ridicula figura, verdadera semejanza en forma de la indole de un alguacil, y embotados mis oidos con la ruidosa griteria y desafortadas entonaciones de diablos y con-

denados, no me atrevia á dar un paso ni desplegar mis labios, temeroso siempre de provocar el enojo de aquella rabiosa gente; mas pasado algun tiempo me recobré del todo; y entonces sorprendiome la regularidad y el orden que advertia en medio del bullicio y la algazara. Sumergida mi imaginacion en profundas cavilaciones sobre el contraste particular que á mi juicio se ofrecia, sin poder atinar con la causa que buscaba, preguntele á mi Diablos, porqué razon entre los suyos, familia tan alegre y jaranera, ecsistia lo que yo jamas tuve el gusto de conocer entre los hombres; á lo cual, soltando una estrepitosa carcajada, me contestó.

—Has de saber, que en este lugar, villorrio, aldea, region ó como quieras llamarle, que sea lo que fuere, tu y la humana familia allá en la tierra califican las cosas á su gusto y no á gusto de la equidad, no hay mas que un Rey, un gobierno, un sistema, un juez, una ley, á los que viven sometidos desde el primero hasta el último vicho que aqui habitamos: resultando de esto una igualdad bien entendida, una obediencia ciega á nuestras reglas, una sana administracion, un gusto en el trabajo, y una buena armonia entre todas las clases: porque tambien tenemos clases y categorias, aunque no como las vuestras. Aqui se crean estas por la virtud y el mérito, que á pesar de ser diablos no somos tan inmorales como vosotros. Vosotros sin serlo quereis aparecer con vuestras obras que lo sois. Esto es, nos reputais mal sin tener una idea esacta de lo que somos, que esa es una de vuestras predilectas cualidades y haceis alarde de imitarnos entregandoos á los desmanes que nosotros desconocemos. La diferencia que hay de la tierra al infierno, es que en aquella se atormentan los hombres unos á otros por el interés y el egoismo; cuando debieran protegerse, respetarse y amarse como hermanos; y en este atormentamos las almas de aquellos, por que es nuestro deber y asi damos á el cumplimiento. Ademas cada uno de nosotros tiene su cometido y ninguno se mezcla en las operaciones del otro; circunstancia que basta ahora no ha podido regir en la tierra. La distribucion del trabajo economiza el tiempo y perfecciona la obra; y la tolerancia y el pre-

mio que se dispensa algenio, hacen que en estas profundidades vivan unidos la alegría y el orden. No estrañes ver lo que no has visto entre lo tuyos, por que estas virtudes las debemos á la rigidez de nuestros principios. El que entre nosotros falta, no le vale el favoritismo, ni las influencias de cierto secso ni las del metal precioso, ni la bula de meco, sufre en justicia su castigo y la espiacion del delito sirve para dar ejemplo á los demas. Verdad es que no se sentencia al reo hasta ver justificado plenamente el crimen; lo que sirve para dar esplendor á nuestras leyes, respetar á nuestro juez, y apreciar en extremo nuestras costumbres.

—Razones y verdades han salido, diablo, de tu boca, que no presumi escuchar en el Reino de los condenados; y digote, amigo, que debiera el mundo bajar al infierno para aprender á vivir: por que juro y protesto que mis hermanos, ó son muy zotes ó muy depravados, ó tienen mas de fieras que de racionales; pero...dime Leviatan ¿esa caterva de locos desenfrenados, que con los brazos abiertos viene corriendo hacia nosotros, que viene á ser? estaremos seguros? ¿podra mi personaje intruso aqui producir alguna asonada ó pronunciamiento?...

—Calla hombre por los soberanos cuernos y el soberano rabo de nuestro señor Luzbel, que me admira tu ocurrencia.....

En esta sociedad no hay asonadas ni pronunciamientos, ni vaciedades; por que ya te he dicho que todos tienen su ocupacion, ganan con su trabajo para sustentarse y nadie procura medrar á costa del prógimo.

—Con que segun eso entre vosotros hay prógimo?...?

—Si señor que lo hay, pero te prevengo que lo que no hay son empleos ni empleados, ni mas de estos que de aquellos.

—Te confieso que cada palabra tuya va haciendo crecer mi admiracion. Eso de prógimo era cosa que habia visto poco entre los míos. Lo otro si es fruto que en ellos se reproduce como la ladilla. ¿Dime pues ahora quienes son y que quieren esos, al parecer frenéticos, que á nosotros se dirigen.

—Voy á complacerte. Los que forman en ese grupo son los amigos que tuviste en la tierra que desean felicitarte noticiosos de tu llegada. En el número de ellos se cuentan varios literatos, que á fuerza de estudiar

romances, perdieron la cabeza y por adquirir opinion de sabios se dedicaron á plagiar las ideas escogidas de los mejores autores, engañando con este ardid al vulgo ignorante y usurpando una inmerecida reputacion. Tambien hay algunos poetas que murieron de hambre, victimas de su talentó; muchos periodistas que para espresar una idea escribieron mil palabras; estudiantes sin número, que por aprender á escribir antes de saber leer, no pudieron conseguir ni lo uno ni lo otro....todos fueron tus amigos y todos te desollaban cuando volvias la espalda; y ahora como estan en desgracia desean abrazarte de buena fé.

—Vengan en hora buena y abracenme á su gusto, que yo donde quiera que me coloca la suerte soy amigo de mis amigos.

—Esa probidad no es util para vivir en el mundo; te aconsejo que no la uses entre les tuyos, por que se reiran de ella y te despreciaran.

—Diablo, yo no puodo prescindir de mi caracter y por mas que las conveniencias sociales lo ecsijan, no me es posible ser así; he nacido honrado y por ser consecuente lo soy hasta con las mugeres que son las que menos son acreedoras.....pero que es lo que veo ¿será sueño?...no...ellos son...si; ellos...no es verdad, Leviatan?

—Precisamente: ellos; serán; tu lo dices...y quienes son? pregunto yo.

—Mis compañeros los redactores de la *Lira* y los cagistas y el prensista que vienen al frente.....

—Efectivamente helos allí....

—Tambien condenados....! Pobrecillos.....! ¿y cual ha sido la causa de esta fatalidad...?

—Los cajistas estan aqui, amigo mio, por haber malgastado el tiempo y comidose las letras mas precisas y esenciales de los articulos que componian. El prensista por haberse gastado el dinero que le dieran para tinta en multiplicadas libaciones al dios Baco y los redactores mirales bien la cabeza y el corazon, que ellos te dirán lo que no me es permitido decirte.....

J. E.

(Se continuará.)

MURCIA: Imprenta de Pedro Sole y Rovi,
Calle de Sta. Isabel Núm. 6—Año de 1845.